



NUM. 51. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 16 DE DICIEMBRE DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO IV. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.

Una gran noticia de esta última semana es la de la entrada de los aliados en Pekin. La expedición se componía de seis mil hombres: la ciudad tendrá un par de millones de habitantes: el emperador y el ejército tártaro, han huido: los comisarios inglés y

también el Japon que desde hace dos siglos nos estaba cerrado. Hoy todas las naciones europeas menos la España tienen tratados con el Japon, tratados hechos en Yedo, es decir en la misma capital del *siogun* ó jefe militar del imperio. La última nación que ha visto abiertos á su comercio los tres puertos principales del Japon ha sido el Portugal, y cuando el Portugal ha sido admitido á comerciar, calcúlese lo que habrán variado las ideas del gobierno japonés, teniendo en cuenta el odio que hace dos siglos inspiraba á aquel gobierno el solo nombre de nuestra hermana gemela.

Pues ahora bien, los japoneses, tienen también los ojos de través como los chinos: de manera que el peligro viene por dos lados.

Volviendo á Europa diremos que continúa el sitio de Gaeta con algunas variaciones de cañones por una y otra parte. Todo depende como ya hemos dicho de que plegue á S. M. el emperador de los franceses permitir el ataque por mar. El rey Francisco II, si hemos de juzgar por la nueva protesta que su ministro Casella ha publicado, no las tiene todas consigo y cree que mas tarde ó mas temprano se va á ver obligado á abandonar el recinto de la plaza y retirarse á Roma.

Sobre la venta de Venecia por el Austria no sabemos lo que pasa. Una parte de la prensa extranjera ha dicho que siguen activamente las negociaciones para la cesión de su territorio á la Italia, pero la otra parte, y especialmente los periódicos austriacos, desmienten este rumor y dicen que no hay pendiente ninguna negociacion sobre el asunto. De manera que si este año el carnaval fue triste en Venecia júzguese lo que podrá ser el inmediato, entre tanto uniforme austriaco como puebla sus pórticos sus calles y sus canales.

Sigue Napoleón III, al decir de algunos periódicos *liberalizando* la situación de Francia. Sus últimas disposiciones han sido favorables á la prensa y han anulado todas las advertencias y amonestaciones hechas anteriormente. Sabido es que hasta aquí los periódicos franceses morían á la tercera amonestacion. El gobierno hacia con ellos lo que dicen por acá que hace San Pascual Bailon con sus fieles devotos. Sabido es, y si no se sabe lo diremos para que se sepa, que todos los devotos de San Pascual Bailon tienen el especial privilegio de oír del santo tres palmadas, que son otras tantas advertencias ó amonestaciones que les avisan su próxima muerte para que se preparen dignamente á ella. Al oír la última palmada ya sabe el devoto que solo le quedan tres dias de vida. Tal es el procedimiento que hasta aquí se ha usado con los

periódicos en Francia; y aunque este régimen saludable no ha sido abolido todavía, se han dado por no hechas las advertencias, y los devotos periodistas pueden respirar y aun permitirse algun pecadillo venial de cuando en cuando.

En nuestro Congreso continua la discusión de los presupuestos y en el Senado la ley de ascensos militares. Los periódicos adictos al gobierno desmienten el rumor de próxima suspension de las córtes. El gobierno ha accedido con benevolencia las indicaciones hechas en el Congreso por el señor marqués de San Carlos para formar un museo arqueológico y de bellas artes como el que existe en todas las capitales de Europa. Con las riquezas que tenemos esparcidas en varios museos y bibliotecas, habia desde luego para formar uno superior al de Cluny.

La Sociedad de Amigos del País ha dispuesto dar el 23 de enero varios premios en metálico y medallas á la virtud. Las acciones virtuosas no se premian con dinero: esta es una verdad como un templo. Sin embargo, elogiamos el pensamiento de prestar homenaje á las buenas acciones, y alabamos la intencion que se han llevado los socios de la Económica. Una buena providencia han adoptado y es que los premios no se pidan por los que crean merecerlos, sino por terceras personas. Si la comision del jurado busca á las personas á quienes debe premiar podrá tener mas acierto que si espera á que ellas vayan ó á que les sean llevadas. Nosotros no hubiéramos dicho que queríamos instituir premios á la virtud; sino que queríamos dar auxilios pecuniarios á los necesitados que los merecieran por alguna accion virtuosa. Si bien se reflexiona sobre esto, se verá que no es lo mismo lo uno que lo otro.

En el teatro del Príncipe se han estrenado el miércoles dos producciones nuevas á beneficio de Mariano Fernandez. La primera es una comedia en tres actos, original de don Emilio Mozo Rosales, con el título de *Entre dos mundos*. Está bien dialogada y tiene algunas escenas chistosas; pero en general es fria y sin interés, de pobre argumento y de desenlace que se prevé desde luego. El autor fue llamado á las tablas, y no dudamos que con el tiempo podrá serlo con justicia, porque descubre dotes bastantes para hacer cosas mejores. La segunda produccion se titula *Adán y Eva*; no sabemos quien es su autor: el público no mostró la primera noche deseo de saberlo; sin embargo, no es tan mala como algunos de nuestros colegas han supuesto, aunque no puede llamarse buena.

En la misma noche se estrenó en el teatro de Jovellanos la zarzuela en un acto titulada *Una vieja*, original

de los señores Camprdon, autor del libreto, y Gaztamblide, de la música. Tiene escenas bellísimas y piezas de canto que agradaron mucho. La Ramos que hizo el papel de protagonista obtuvo en él grandes aplausos Arderius desempeñó perfectamente su papel y Cubero dejó poco que desear. También ha obtenido grandes aplausos en el Circo otra zarzuela que se titula *Cegar para ver*, aunque los esfuerzos de este teatro para obtener una gran concurrencia no siempre se ven coronados del mejor éxito.

Debemos hacer mención aquí de una grande actriz portuguesa, á quien los periódicos de Lisboa y de Oporto ponen aun por encima de la Ristori. Llámase Emilia de las Nieves (das Neves) y hace algunas noches se presentó en el teatro normal en la tragedia *Judit*, de Giacometti, estrenada en Madrid por la Ristori, y traducida al portugués en Lisboa por Mendez Leal, menor. Dicen nuestros colegas lusitanos que los mayores admiradores de la Emilia quedaron asombrados de la altura á que subió en el desempeño del papel de *Judit*, y esto sin copiar en punto alguno á la distinguida trágica italiana. Aplaudieronla frenéticamente el rey liberal don Pedro V y el rey artista don Fernando, que asistían á la representación.

De otro artista notabilísimo nos habla la prensa portuguesa, y es Juan Cayetano dos Santos, á quien llaman el Talma brasileño. Este actor va á hacer una breve excursión á París.

Está también en Lisboa la compañía de Mr. Price, de la cual se cuenta que ha tenido algunos disgustos con motivo de la hermosura de ciertas artistas. Creemos que Mr. Price volverá para el verano á sentar sus reales en la capital de España, porque en ninguna otra parte tiene mas aceptación que en Madrid.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES (1).

X.

Son los interiores un género de pintura cuyas dificultades, pues las tiene y grandes, no se comprenden generalmente, en toda su estension y por lo mismo no todos les dan aquella importancia á que son acreedores. Convenimos desde luego, en que hay géneros en la pintura, cuya dificultad sobrepaja á todos los demás; géneros en que entrando por mucho la composición, para su desempeño se necesitan grandes dotes de imaginación, que al parecer no son tan necesarias á los pintores de floreros, fruteros y bodegones, pero de esto á tenerlos en poco y á no considerarlos como una verdadera rama de la pintura, hay una grande diferencia.

No son ciertamente los interiores, los cuadros para los cuales se necesitan menos dotes de artista; como todo lo que es arte, este género de pintura es difícil, y digno de estima, y por lo mismo conviene que antes de entrar en el examen de los cuadros que de este género se presentaron en la actual Exposición, consignemos aquí, cuán apreciables deben ser esta clase de obras, máxime cuando reúnen las dotes necesarias para que se las consideren como tales obras de arte. Efectivamente, el pintor de interiores tiene necesidad de sentir la belleza, y saber prestar á lo que repróduzca en el lienzo, algo de aquella poesía de que está siempre revestido el natural. Las pagodas indias, ejemplo vivo de una arquitectura tan gigantesca como la naturaleza que las rodea; las hermosas y severas ruinas griegas, en que siempre se ve el sello que imprimió en todas sus obras aquel pueblo poeta y artista á la vez; el templo bizantino grave y solemne como una religión que empieza; el interior gótico, con su magestuosa sublimidad, hé aquí todo lo que cae bajo el dominio del pintor de interiores. Él tiene que prestar á las ruinas su melancólica tristeza, él, al interior de una iglesia gótica, toda la vaguedad, todo el recogimiento de la oración cristiana, él, en fin, hacer sentir al espectador la grandeza ó la poesía de lo que presenta en el lienzo.

Pocos en verdad fueron los artistas que en esta Exposición presentaron interiores, pero hay quien como los señores Tomé y Gonzalvo, nos hicieron ver cuadros ante los cuales es necesario detenerse y examinarlos detalladamente.

Es del primero un interior de la iglesia de *San Isidro el Real de Madrid*, que cautivó desde luego la atención de los inteligentes por las buenas dotes que reúne, pues en verdad que nadie como él supo conservar hasta los mas mínimos detalles, sin descuidar por eso el conjunto, ni destruir su efecto. Buen color, bien concluido, concienzudamente conservada la masa de oscuro, hé aquí las dotes de este cuadro, pudiendo añadirse todavía que su ejecución nada deja que desear, pues tiene todas las buenas dotes de aquellos interiores que nos dejaron los pintores flamencos, notables siempre por la verdad de los detalles al mismo tiempo que del conjunto. Sin embargo, este cuadro peca de algo frio, y esto se debe sin duda alguna á la mucha luz que le dió su autor, pero así y todo, merece bien los elogios que le prodigaron cuantos lo examinaron con verdadero conocimiento del arte. Lo

(1) Véanse los números 43, 44, 46, 48, 49 y 50.

mismo sucedió con el del señor Gonzalvo, á quien nadie puede negar sus buenas dotes de pintor de interiores. El interior de la *Catedral de Toledo* con toda su sublime grandeza, con toda su vaga poesía, hé aquí lo que reprodujo en el lienzo este apreciable artista. En su conjunto y en sus detalles nada deja que desear este cuadro, las luces están bien comprendidas, y sus efectos son bastante buenos; lástima que sea algo negro de color, pues esto le hace un tanto pesado, y por lo mismo desmerece algo, cosa que no sucede en el interior presentado por el señor Castro y Ordoño, que aunque inferior en mérito, ha sabido dar mas ligereza y verdad á su copia. Hemos dicho que este interior es inferior en mérito al del señor Gonzalvo; así lo creemos. Está en carácter es verdad, está bien dispuesta la composición, pero es algo duro, las luces de la ventana son exageradas, y el color no está envuelto, cosa que le hace parecer un templo. Es á su vez de menos valor que este último, el cuadro del señor Kunz que representa el *Interior del templo del Escorial*, pues aunque de buen efecto, y de no mal tino, es lamido de color y parece de un principiante, tan tímida es su ejecución.

Otro espositor, el señor Parcerisa, presentó dos vistas monumentales, las únicas que se ven en la Exposición que merecen ciertamente, los elogios de que se hicieron dignas. Ambos cuadros se distinguen por la gran verdad con que está presentado el natural; pero el marcado con el número 196, que representa un exterior de la *Catedral de Burgos* es algo frio, y no tiene tan buen color como el que representa un interior de la sala capitular de un convento de templarios. Las dos vistas están bien en líneas, se ve buen modo de hacer, y se conoce que el artista ha cuidado en extremo de la verdad, y que los ha estudiado bastante.

Como en los bodegones no se necesita mas que verdad, y que los objetos presentados estén agrupados con alguna habilidad, hé aquí por qué el presentado por el señor Gimenez Fernandez, merece nuestro sincero parabien, pues ha sabido reunir ambas cualidades, y por eso su cuadro, es en su clase, de lo mejor que se ha presentado en esta Exposición.

XI.

Hemos hablado ya de la importancia de los cuadros históricos, de su dificultad, del empeño con que nuestros jóvenes pintores se han apresurado á abordar semejantes asuntos, y añadimos entonces, que esto en nuestro modo de ver era prueba palpable de que entre nosotros el arte, empezaba á entrar en su verdadera y legítima senda, y satisfacer por lo mismo las exigencias y necesidades de nuestra época.

Sintético por excelencia, nuestro siglo gusta de ver reunido en las obras de arte, el pensamiento filosófico que se desprende de los asuntos, á la esmerada ejecución y á la felicidad en expresar con verdad y poesía, el argumento que les da vida. Quiere y con razón que las obras de arte respondan á las exigencias y necesidades de la época, y no sean como hermosos y pasajeros sonidos, que halagan un momento y nada dejan detrás de sí. Esta verdad la comprendieron bien la mayor parte de los espositores que presentaron en el salon del ministerio de Fomento, cuadros cuyos asuntos estaban tomados de nuestra gloriosa historia.

Uno de ellos, y sin duda de los mas notables, el del señor Sanz titulado *Libertad é independencia*, llamó sobre sí todas las miradas, y compartió, con el del señor Gisbert, la gloria de ser una de las obras de la presente Exposición.

Efecto de su asunto, este cuadro tiene contra sí, la desgracia de repartir la atención del espectador, y no concentrarla de golpe en un punto dado, cosa que á haberlo logrado, hubiera sin duda alguna proporcionado á su autor un doble triunfo. Pero si un buen color, si una ejecución valiente, si un asunto bien expresado, son bastantes dotes para hacer de un cuadro cualquiera una obra de arte, el señor Sanz lo ha logrado, sin duda, en la que estamos examinando. Como detalles los tiene notables, entre ellos el precioso caballo del general Blacke, digno de nuestros grandes pintores, las figuras de la izquierda, que son bastante buenas, lo mismo que las de la derecha, y el grupo de los muchachos tocando el tambor que nada dejan que desear en cuanto á verdad y ejecución. Puede criticársele, sin embargo, el abandono que se nota á veces en la ejecución, el que algunas figuras hagan largas, efecto de tener pequeña la cabeza, que en la figura del cura, se vea el maniquí, y que el fondo sea algo duro y se venga encima, defecto que se disculpa algun tanto por la necesidad que debió sentir su autor de cubrirlo de alguna manera y hacer salir las figuras. Pero á pesar de estos pequeños lunares, á pesar de que este cuadro está bosquejado á grandes rasgos, nadie puede negar al señor Sanz que posee dotes de verdadero artista, siendo una prueba evidente de ello, el cuadro de que nos ocupamos, uno de los primeros, que se presentaron en la actual Exposición. Por ello le felicitamos.

Algunos otros jóvenes presentaron, como hemos dicho ya, cuadros históricos, que si no tuvieron la fortuna de levantarse á la altura de los que exhibieron los señores Sanz, Gisbert y Casado, lograron á pesar de sus lunares, llamar la atención de las personas inteligentes que vieron

en ellos lo necesario para esperar algo para lo adelante, de sus autores, con tal que no desmayen en su aplicación y en el harto difícil estudio del arte.

Cuéntanse entre ellos á los señores Perea, Ferran y Maureta de cuyos cuadros vamos á ocuparnos, si bien con la brevedad necesaria en un trabajo de la índole del que estamos llevando á cabo. Presentó el primero, un cuadro que representa un asunto de la vida de Felipe II, ese rey tan mal comprendido, como digno á la vez del odio con que le miraron sus contemporáneos. Puede decirse de este cuadro que es algo frio de color y que está sin concluir, pero en cambio su asunto es bastante bueno, comprendió el autor y su mediano dibujo compensa en algun modo las demás faltas que se notan en este cuadro, en el cual se ven las buenas dotes artísticas del señor Perea de quien esperamos obras de mas pretensiones, y por lo mismo que den mas á entender lo que es y lo que puede como artista. El cuadro del señor Ferran tiene como el anterior sus buenas condiciones y sus defectos. De mediano color, es nimio en la ejecución y carece de grandeza. Tampoco el señor Maureta estuvo mas feliz en su cuadro *Doña María Padilla* recibiendo la noticia de la muerte de su esposo, pues si bien se ven buenas disposiciones para el color, en cambio está mal expresado el asunto. A mas altura se presenta este joven espositor en su otro cuadro que representa *Una señora dando limosna*. Menos desgraciado que en el anterior, la figura de la señora es elegante, el cuadro está bien entonado, y el fondo es bonito, lástima que las manos de ella estén algo abandonadas!

Vamos á concluir, pero antes queremos decir algunas palabras no solo acerca de algunos retratos espuestos en el salon de la Trinidad, sino tambien del cuadrado de género del señor Diaz Valera quien ha dado pruebas de que es un joven artista de quien debe esperarse algo. Efectivamente su cuadro que titula *La primera entrevista*, merece que fijemos un momento en él la atención, y que aunque no sea mas, digamos que está bien dibujado, que las figuras están en carácter y que es bastante delicado su color.

Fueron los retratos los cuadros que mas abundaron en las exposiciones anteriores á la del año de 1856, dando de este modo una triste idea de lo que era entonces el arte en nuestra patria. Afortunadamente, cada exposicion que sucede, los retratos escasean, y no fue ciertamente la actual la que mas ostentó. Los hay sin embargo y vamos á ocuparnos de los presentados por los señores Cortellini y Hernandez.

Presentó el primero un cuadro que al mismo tiempo que de retratos eslo asimismo de composición, si puede decirse así. Nótese en él á primera vista que el retrato de la señora está bien modelado y estudiado, pero que el del autor que está á la izquierda hace desmerecer la composición, pues estando delante de un lienzo no se sabe si el retrato está pintado en el lienzo, ó fuera de él. Al señor Hernandez, (don German) ya le conocemos de la pasada Exposición, y en verdad que sentimos no haya presentado en la actual mas que dos retratos, marcados con los números 123 y 124. Pocas palabras diremos de ellos. Ambos están bien dibujados y hechos con pureza, pero ambos tambien son duros en particular en los fondos y ademas no tienen ambiente cosa que les perjudica en extremo.

CAMOENS Y SUS RIMAS. (1)

V.

Acusóse á Camoens, y á nuestro modo de ver injustamente, de no haber comprendido como fuera de desear el género bucólico. Confesamos con franqueza que no es esta época la mas á propósito para decidir semejante cuestión, pues con nuevo gusto, con mas tolerancia para las licencias que se toma el poeta, apenas podemos comprender las razones en que se fundarían entusiastas admiradores de Camoens, como Surropita y Faria y Sousa para negarle en el género bucólico la palma que le concedían en los demás géneros. Decían que su estilo demasiado levantado no se avenía á la simplicidad y poética sencillez que debe reinar en la égloga; pero los colectores de la edición de Hamburgo, que á cada paso citamos, con el merecido respeto, pues ellos limpiaron de multitud de groseros errores las obras del gran poeta, le vindican dignamente de esta censura, y acusan á su vez, á los que siguiendo á Surropita se contentaron con repetir la acusación de este último, sin tomarse la molestia de profundizar las cosas, así dicen.

Muy lejos estamos de la égloga; tal vez no somos nosotros capaces de comprenderla en toda su propiedad, hemos asegurado que el verdadero poeta puede prescindir muchas veces de las reglas y aun hollarlas vencedor, y por eso nos libramos muy bien de acusar á Camoens, en quien todos tienen que reconocer al verdadero genio. Si es cierto que en el género bucólico entra por mucho el comprender la naturaleza y sacar partido de sus admirables bellezas; si es cierto que el poeta descriptivo posee el verdadero estro con que debe cantarse la naturaleza,

(1) Véanse los números 47 y 49.

aseguramos desde luego, que si Camoens no llegó á Teócrito y Virgilio, puede sin embargo sostener comparación con los mejores poetas bucólicos posteriores á aquellos, sin que la fama del ilustre cantor portugués sufra menoscabo alguno.

Fluida, fácil, jugosa, fresca su versificación, acertado en los epítetos, en las comparaciones afortunado, tal vez en ningún género de poesía debió encontrarse más feliz que en sus églogas. Sus comentarios y biógrafos aseguran que en esta clase de composiciones era en las que más se *aprazia* el poeta, y lo comprendemos. En su divino poema sobresale entre todos el canto IX, que es una admirable descripción de una isla encantada, en que la naturaleza se presenta adornada con toda la pompa y frescura de las vírgenes selvas, y en que el poeta recuerda sin duda la pujanza de la vegetación y la claridad de la atmósfera de aquellos países, cuya conquista cantaba inmortalizando su nombre y el de su patria.

Las márgenes del Tajo, los valles sombríos que le rodean, el cielo que cubre tan felices y pintorescas comarcas, todo lo cantó en sus églogas.

En ellas como en todas las de los demás poetas, las quejas de los pastores son unas mismas; pero este defecto es más del género bucólico que de Camoens; en cambio sus versos son siempre sonoros y fáciles, y pronto se nota que esta poesía tiene en él algo de la naturaleza, de quien toma sus imágenes. Sus pastoras son todas blancas

... mais que a neve

E muito mais corada que a graa fina;

y los pescadores de sus *piscatorias*, son tan tiernos enamorados, como los pastores de las églogas y como ellos dicen á su desdenosa Galatea

¿Nao ves que me foga a alma e que m'engeita
Buscando em hum só riso d'essa boca
Nos teus olhos azues mansa colheita?

Dar-te-hei minh' alma: lá ma tens roubada:
Nao ta demandarei: dá-me por ella
Huma só volta d'olhos descuidada.

El lector encontrará siempre en esta clase de composiciones un grato sosiego que en vano se quiere ridiculizar; el perfume, la frescura, la inocencia, y los sencillos amores, cuyas cuitas se suspenden, cuando se ve acabar

El fugitivo sol de luz escaso

como dice Garcilaso, ó como el mismo Camoens cuando cuenta que

... ja o pastor d'Admeto o carro leve
Mollaba n'ágoa amara, e compellia
A recolher a roxa tarde e breve:
E foi fim da contenda ó fim do dia.

tienen en sí demasiada poesía para que, aun cuando sea como un canto que espira, ó como una nube que se deshace, no carezcan jamás del encanto que el elegido de las musas presta á todo cuanto toca.

Las églogas de Camoens, faltarán tal vez á los preceptos del arte, porque el poeta no pudo *humillar la grandeza de su ingenio, conformándose más con el estilo bucólico* como quiere Surropita; pero nosotros las admiraremos siempre, y entre ellas las que el mismo Camoens tenía por mejores, dando en esto una muestra de su buen gusto. La égloga primera y la sexta son sin duda alguna un bello trozo de poesía, y en especial esta última en que mezcló hábilmente el género pastoril y el piscatorio, presentando un ingenioso y rico contraste de las bellezas de cada uno.

La primera, que los colectores quieren sea inimitable, es efectivamente digna de atención; en ella, «lamenta—dicen—nuestro poeta la muerte de don Antonio de Noroña y la del príncipe don Juan, que sintió profundamente; aquella como verdadero amigo, esta como buen ciudadano que preveía las consecuencias de tan desastroso acontecimiento.» Reina en verdad en toda ella una dulce tristeza digna del asunto, y en sus octavas se recuerda á cada paso al cantor de las glorias portuguesas. El final, que á continuación insertamos, y cuyo mérito podrán comprender mejor nuestros lectores por estar en castellano, está lleno de una melancolía tal, una elevación y profundidad de ideas, que jamás nos cansaremos de admirarla. Hélo aquí.

¡Alma, y primero amor del alma mía
Espíritu dichoso, en cuya vida
La mía estubo en cuanto Dios quería!
¡Sombra gentil de su prision salida,
Que del mundo á la patria te volviste
Donde fuiste engendrada y procedida!
Recibe allá este sacrificio triste,
Que te ofrecen los ojos que te vieron;
Si la memoria de ellos no perdiste.
Que, pues los altos cielos permitieron,
Que no te acompañase en tal jornada,
Y para ornarse solo á tí quisieron;
Nunca permitirán que acompañada
De mí no sea esta memoria tuya.
Que está de tus despojos adornada.
Ni dejará, por más que el tiempo huya,

De estar en mí con sempiterno llanto,
Hasta que vida y alma se destruya.

Mas tú, gentil espíritu entre tanto
Que otros campos y flores vas pisando,
Y otras zampoñas oyes y otro canto;
Agora embebecido estás mirando
Allá en el Empíreo aquella Idea,
Que el mundo enfrena y rige con su mando;
Agora te posuya Citerea

En el tercero asiento, ó porque amaste
O porque nueva amante allá te sea;
Agora el sol te admire, si miraste
Como va por los signos, encendido,
Las tierras alumbrando que dejaste:

Si en ver estos milagros no has perdido
La memoria de mí, ó fue en tu mano
No pasar por las aguas del olvido;

Vuelve un poco los ojos á este llano,
Verás una, que á tí con triste lloro
Sobre este mármol sordo llama en vano.

Pero si entraren en los signos de oro
Lágrimas y gemidos amorosos,
Que muevan al supremo y santo coro;

La lumbre de tus ojos tan hermosos
Yo la veré muy presto; y podré verte;
Que á pesar de los hados enojosos
También para los tristes hubo muerte.

VI.

Camoens, ese ilustre poeta cuya fama pregonó el Tasso su dulce hermano, esa poética figura de que tanto se envanece Portugal y tanto ama, como en justo premio de lo mucho que él amó y ensalzó á su patria, nos dejó también tres comedias, como para decirnos que nada estaba negado á tan preclaro ingenio. *El Rey Seleuco, Los Anfitriónes y Filodemo*, no serán nunca un modelo en su género, pues no permitía tanto el naciente estado del teatro; pero nadie podrá desconocer que en ellas sobresale un diálogo espontáneo y animado y una versificación fácil y fluida dote natural en este poeta. Que le falte la unidad de acción, que el artificio dramático esté desconocido, que sus personajes aun cuando sean el mismo Mercurio, juren por el demonio, y digan que

... en aquella revuelta
Me hurtaron mi jubón
Pero bien me lo pagaron,
Cuando conmigo riñeron;
Que aunque me despojaron
¡uno de seda llevaron
Otro de azotes me dieron.

Todo hay que perdonarle, pues como hemos dicho ya, no permitía más el estado naciente del teatro. En cambio pueden admirarse escenas de criados que podía tomar para sus comedias el mismo Tirso de Molina, y en el Rey Seleuco las hay que recuerdan por su corte y gracejo el tan celebrado de la *Villana de Vallecas*, con quien tiene algún parecido. Estas tres comedias, tales como son, seducen en la lectura y se olvida uno bien pronto de sus defectos para mejor admirar sus bellezas, pues la misma *farsa del Rey Seleuco*, está animada por un gran pensamiento dramático, que desarrollado del modo que hoy se acostumbra, hubiera producido una obra de efecto.

Se nota en estas comedias, que el poeta mezcló en ellas el idioma castellano con el portugués, atendiendo solo según parece, á un capricho, pues solo en *Filodemo* se comprende que hiciese hablar en castellano á un pastor español, repugnando en los *Anfitriónes* ver al héroe hablar portugués, y su criado contestarle en castellano. Creemos que ningún objeto le movería, y si solo lo haría para demostrar que le era tan fácil como la suya, la sonora lengua de Garcilaso. Cercano Portugal á incorporarse á España, parece que Camoens, se adelantaba al tiempo y anunciaba de aquel modo el nuevo estado de su patria que previó como buen político, y que no quiso ver, pues escribió que había amado tanto á su patria, *que no contento de morir en ella, quiso también morir con ella.* ¡Dignas palabras de tan grande espíritu! Ellas acusarían severamente á la ingrata patria que le dejó morir de hambre, si todas las naciones no tuvieran iguales crímenes que expiar. Homero demandó de puerta en puerta el óbolo de la caridad y esta fue la herencia que dejó á sus hijos, los escogidos de las Musas.

La primera edición de las *Rimas varias*, apareció en 1595, pequeño volumen en 4.º, que lo mismo que las siguientes ediciones de 1598, 1616 y 1621 que hemos tenido ocasión de ver, están cargadas de hierros y desfiguradas. Publicadas después de muerto el poeta, ni él pudo corregirlas, ni ordenarlas y escogerlas, nada tiene de extraño que personas amantes de su patria y de la buena fama del poeta, hayan tratado de restituir su verdadera lección, en muchos pasajes, y purgarla de cuantas faltas se notan en las primeras ediciones, rechazando asimismo todo cuanto se conocía no ser obra del poeta. Nosotros confesamos francamente, que no conocemos más ediciones que las citadas y la de Hamburgo, que no sabemos si erradamente tenemos por de las mejores, aunque no hay duda que sus colectores, nos ofrecieron una *inteligible* edición del gran poeta, honor de Portugal, y por lo mismo de la península ibérica.

Cruelmente perseguido de la fortuna, la vida de Camoens, presenta como la de nuestro Cervantes, escenas de desdicha y de miseria, de las que hay que apartar la vista. Sus contemporáneos parece que comprendieron algo de la injusticia con que fue tratado, el que hoy es la mayor gloria de Portugal, y quisieron lavarla con una disculpa, que hace más grande la iniquidad de su tiempo. Al frente de la edición de 1616, el licenciado Pedro Maris, escribió torpemente estas crueles palabras. Según él tuvo Camoens «algua propiedade natural, que afastaba os homes delhe fazerem bem, como en outros costuma a ingratidão. Doença de que me dizen elle foi tocado.» Si esto era cierto, torpeza insigne fue el recordarlo, sino lo era ¿qué merecía el hombre que tal escribió; y el siglo que lo vió escrito y no protestó contra semejantes palabras?

M. MURGUIA.

RECUERDOS DE UNA ESTACION

EN LOS MARES INDO-CHINOS.

II.

EL PUERTO DE SHANG-HAI Y LOS CHINOS DEL NORTE.

El cónsul de Inglaterra, Mr. Rutherford Alcock, fue el que quiso tener la honra de saludar el primero, al ministro de Francia:—todavía se dejaba oír el eco de la campaña que acababa de anunciar el mediodía á bordo de la *Bayonnaisse*, cuando aquel puso el pié en el puente de nuestra corbeta.—Mr. Alcock, lo mismo que Mr. de Montigny, tampoco había ingresado en la carrera consular, sino después de haber corrido las vicisitudes y azares de una vida, en cierto modo, aventurera; en efecto, hábil y entendido cirujano, había pertenecido á la legión inglesa, destinada á proteger los derechos á la corona de la reina de España, en la que sirvió á las órdenes del general de Lacy-Evans en clase de físico de un regimiento.—Las peripecias de la guerra civil, habían pues, fortificado, la ya natural energía de su carácter, energía que tuvo ocasión de poner á prueba en Shang-hai, sin embargo de la misión pacífica que allí le estaba encomendada, con motivo de algunas complicaciones que sobrevinieron pocos meses antes de nuestra llegada al Yang-tse-Kiang, y en las cuales había manifestado una sangre fría, un aplomo y una firmeza, capaces de dar envidia al hombre más aguerrido.

Concluido el tratado de Nau-king, los extranjeros disfrutaban de la más amplia libertad, en todos los puertos del Norte.—Sucedia muchas veces que montados en caballos de Sidney y del golfo Pérsico, ó muellemente reclinados en sus góndolas chinas, solían internarse ocho y diez leguas en el campo, obligándose por toda restricción á sus paseos, regresar á la ciudad antes de ponerse el sol, y aun así y todo las autoridades chinas toleraban ó dejaban pasar como desapercibidas las infracciones que diariamente se cometían, de esta cláusula secundaria del referido tratado.—Los misioneros protestantes que se habían presentado en China por la vez primera hacía fines de 1807, y cuyos progresos estaban lejos de responder á los socorros de consideración que ni un instante habían dejado de enviarles las sociedades religiosas de Inglaterra y los Estados Unidos, validos de esta tolerancia, aprovechabanla, redoblando con este motivo, sus esfuerzos, y acometiendo con ardor su obra de propaganda; sabido es que á lo que más valor dan los pastores de la Iglesia reformada, es á hacer penetrar en las naciones infieles el conocimiento de las Sagradas Escrituras, sin predicación ni comentario alguno, pretendiendo así que la conversión de los idólatras provenga más bien de la misma brillante luz que refleja la palabra de Dios, consignada en sus santos libros, que no de sus humildes esfuerzos; así que, gracias á su celo infatigable la Biblia se encuentra traducida en todos los idiomas conocidos, siendo la distribución de tan piadosos ejemplares, uno de los cuidados de más importancia de los delegados de las asociaciones bíblicas.—La población Timpon, situada á diez leguas de Shang-hai, había visto impunemente, á los misioneros ingleses entregarse á los deberes de su mudo apostolado, y el 8 de marzo de 1848, tres de aquellos hicieron una nueva incursión evangélica en este tranquilo país. Por desgracia, una medida adoptada recientemente por las autoridades chinas, acababa de sembrar en los campos de Kiang-uan, un peligroso elemento de desorden.—En vez de confiar á los *juncos* del Gran Canal, como se acostumbraba, el transporte del arroz, que las tres prefecturas de Sou-ti-heun-fou, Sung-Kiang-fou y Thai-tsang-fou, devían enviar aquel año á Peking, el gobierno del emperador había dispuesto se cargase en juncos propios para la gran navegación, mandando por mar á Tien-Tsin, la mayor parte del tributo de la provincia. Este nuevo arreglo dejaba sin trabajo á quince ó veinte mil marineros del *Shang-tong*, hombres toscos y turbulentos, cuya ociosidad era un motivo perpétuo de inquietud para los ribereños del Wampou.

Llegados el 8 de marzo, como hemos dicho, no lejos de Tsing-pou, los misioneros ingleses habían penetrado

en esta villa, ofreciendo de casa en casa, según costumbre, sus biblias á los chinos, que ellos consideraban en estado de poderlas leer;—los chinos por su parte, se sonreían y alargaban la mano para tomarlas, cumpliéndose así la obra apostólica sin dificultad ni contratiempo alguno hasta entonces.—Pero muy luego vieron los ingleses rodeados por multitud de marineros, á quienes la aparición de los bárbaros de cabellos rojos (*hom-mao* ó *si-iam* hombres de Occidente, como ellos les llamaban), habían hecho abandonar sus juncos, fondeados en gran número en las aguas de Tsing-pon, delante de la población.—Los rostros de aquellos importunos parecían animados de una curiosidad sospechosa, y esto unido á los bruscos modales y continua chacota de aquellos miserables, hizo comprender á los ingleses que era prudente retirarse.—Mas

como al abrirse paso por entre la multitud, un hombre se opusiera á su tránsito, y alguno cometiera la imprudencia de darle un bofetón, no fue preciso más para hacer reventar la mina, y este primer golpe fue la señal del ataque general.—Armados los chinos de cañas de Bambú, chuzos, hazadas y palos contra sus adversarios, no tardaron en obtener una victoria completa sobre aquellos á quienes, no contentos con haberlos maltratado, les despojaron de cuanto llevaban, y aun les habrían conducido prisioneros á bordo de sus juncos, con la esperanza de sacarles un buen rescate, si la malicia de Tsing-pon no hubiera creído conveniente intervenir en el asunto.—Conducidos á la presencia del alcalde de la ciudad, los ingleses fueron puestos en libertad inmediatamente, y llevados á un buque con todas las consideraciones posibles, entrando al

dia siguiente en Sang-hai, donde los pormenores de este acontecimiento y el estado deplorable en que se encontraba uno de los heridos, produjeron una viva emoción y una indignación general.

No necesitó el cónsul inglés de las demostraciones de la opinión pública, para sentir vivamente los efectos de este atentado y de la ofensa inferida á sus compatriotas;—y aunque pronto siempre á reprimir los desmanes y violencias de sus compatriotas, nadie como él supo tampoco mantener con más ardor sus inmunidades y derechos en las causas legítimas.—Mr. Alcock, preséntase, pues, en el momento mismo en casa del *taou-tai*, y reclama inmediatamente el castigo de los culpables; el mandarín ofrece arrestarlos sin demora; pero como debía preverse desde luego, la promesa quedó sin efecto: el cónsul inglés insiste de



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—INTERIOR DE LA CATEDRAL DE TOLEDO, CUADRO DE DON PABLO GONZALVO.

nuevo en su pretension, y el *taou-tai* renueva sus protestas; más el tiempo pasa, y los culpables no llegan.—Había á la sazón, reunidos en el puerto, delante de Shang-hai, y cargados ya de granos con destino á los puertos del Norte hasta unos trescientos juncos próximamente.—Mr. Alcock aprovecha tan propicia coyuntura para formular su *ultimatum*, y declara el bloqueo del puerto, el 13 de marzo.—Las bases de aquel documento eran las siguientes: «Diez de los perpetradores del desafuero cometido; serán condenados á sufrir un castigo ejemplar, depositándose además en la Chancillería británica una suma considerable, en justa indemnización de los agravios y perjuicios inferidos á los misioneros ingleses, ó ni uno solo de los juncos destinados á Peking, saldrá del puerto.—El brick de guerra inglés *Childers* se atraviesa en el río, y apoyado por sus diez y seis cañones, Mr. Alcock impone su voluntad suprema desde aquel débil baluarte, cual si fuera un monarca poderoso, al mandarín del Celeste Imperio, jefe de infinitos millares de hombres.—El *taou-tai*, indignado, ordena á los juncos, que fueren la línea de bloqueo; pero no bien ejecuta el primer movimiento la flotilla, el *Childers* rompe el fuego sobre ella, obligándola á echar el ancla de nuevo, apenas las había levado, y á permanecer inmóvil durante muchos días.

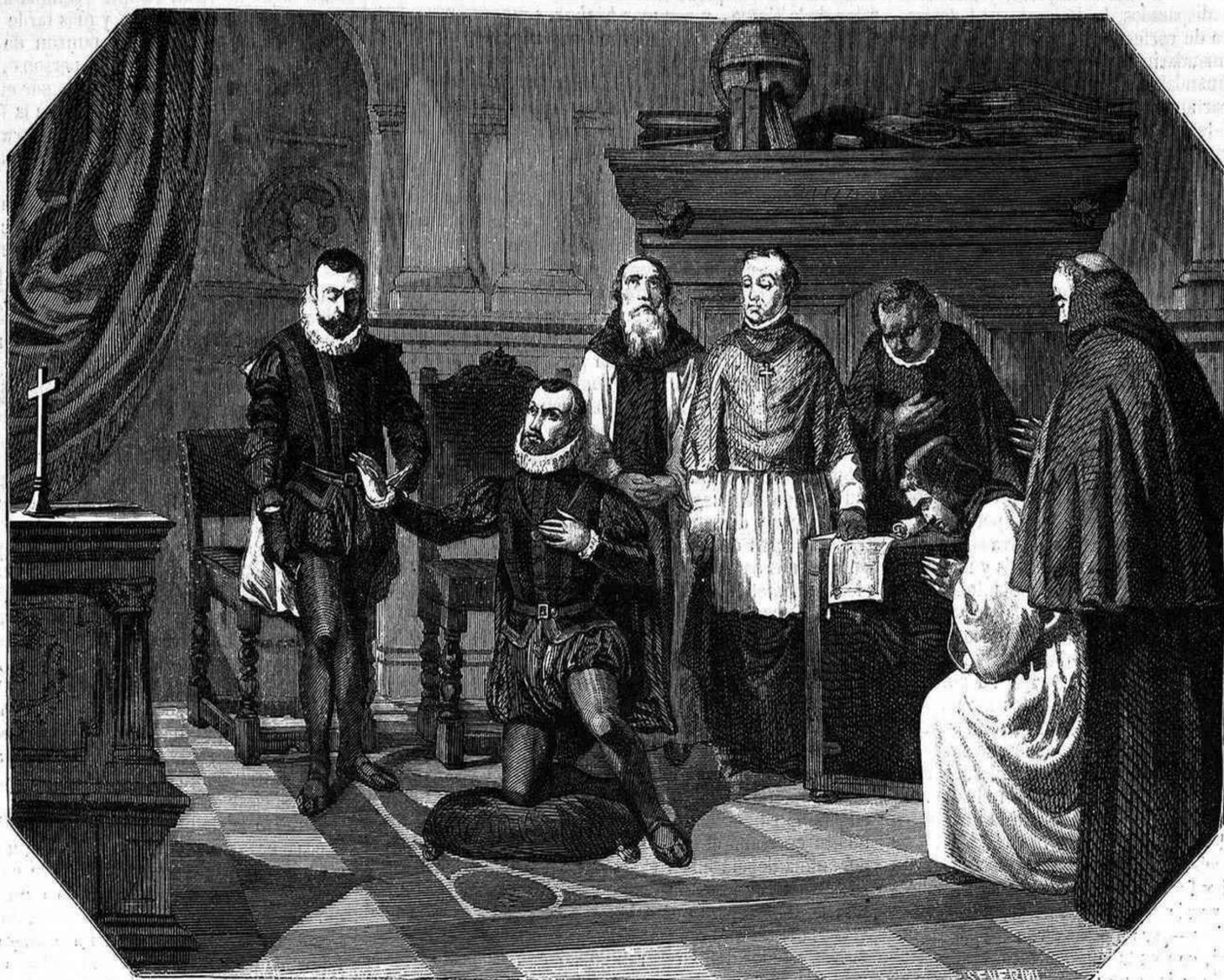
En tanto la agitación producida en Shang-hai por este acontecimiento era grande.—¿Quién hubiera podido imaginar nunca que los bárbaros se atrevieran á detener el arroz destinado al emperador? Semejante audacia y sacrilegio, tenía sublevados todos los ánimos, y aterrado el desventurado *taou-tai*, no sabía qué partido tomar.—Prometió mandar que dieran de palos á dos desgraciados de los que fueron testigos ó que presenciaron la ocu-

rencia, toda vez que los principales culpables habían logrado sustraerse á las pesquisas de la autoridad.—Mr. Alcock, en quien no habían hecho la menor mella los siniestros rumores de trastorno que se había tenido buen cuidado de hacer llegar á sus oídos, con el objeto de intimidarlo, comprendió sin embargo, que para poner término de un modo digno á aquel asunto, preciso era llevar la cuestión á un tribunal más elevado que el de la prefectura de Shang-hai.—Afortunadamente otro brick inglés, *L'Esplégle*, acababa de arribar á Wossung, y su capitán consintió gustoso en volver á surcar el Yang-tse-Kiang hasta Nan-King, secundando las disposiciones de su cónsul.—Con la noticia de esta resolución de Mr. Alcock, acabáronse de desvanecer los últimos escrúpulos de las autoridades chinas, en términos que el *ni-tai*, juez de la provincia, dejó precipitadamente su residencia de Son-tcheon-fon, para venir en persona á Tsing-pon, entrando en Shang-hai, el 27 de marzo, acompañado de otros diez chinos, de los que una mitad al menos, fueron reconocidos por los misioneros ultrajados, como individuos de la falange de marineros que les acometieron.—Estos diez reos fueron condenados á llevar la argolla durante un mes, conduciéndolos diariamente delante de la aduana, humillado el cuello bajo un pesado collarín de madera, en el que, en grandes caracteres, se leía la causa y el juicio, en virtud del cual habían sido condenados.—Pronunciada y cumplida la sentencia, y una vez depositada en la Chancillería del consulado, la suma exigida como reparación pecuniaria, el *childeos* apagó sus bota-fuegos, y los juncos detenidos en el río, pudieron ya navegar libremente hácia Tien-Tsin.—El 10 de abril arribó de Nan-King, *L'Esplégle* de vuelta de su misión, trayendo á Mr. Alcock un nuevo testimonio del terror y

la sumisión de las autoridades chinas.—Li, preceptor del heredero presunto de la grande y pura dinastía, presidente del Consejo de Guerra, y gobernador general de ambos Kiang, daba conocimiento al cónsul inglés de la destitución del *taou-tai*.—Hien-ling, comandante de los tres departamentos de Son-Tcheon-fon, Song-Kiang-fon, y Thai-tsang-fon, «que había, decía el virey, faltado al cumplimiento de su deber.»

Mientras esto pasaba en el Norte de la China, el nuevo gobernador de Hong-Kong, Mr. Boucham, no estaba tranquilo, temiendo los resultados que podrían sobrevenir á consecuencia de las vigorosas y aun violentas medidas adoptadas por Mr. Alcock, y sorprendido, por otra parte, de que un agente subalterno, hubiera osado llevar las cosas tan allá sin su consentimiento y autorización, había despachado á toda prisa el *Furg*, para Shug-hai.—El capitán del *Steamer*, llevaba un despacho para Mr. Alesek, en el que se le prevenía que en lo sucesivo, no se estralimitase de sus atribuciones consulares, absteniéndose de proceder como un hombre que llevara en el bolsillo la paz y la guerra, estando autorizado para disponer de la una ó la otra, á su capricho.—Pero cuando el *Furg* llegó á Chang-hai, la tranquilidad se había restablecido completamente, habiéndose dado también, satisfacción cumplida á los súbditos ingleses; así que la amonestación hecha á Mr. Alcock, por sus actos anteriores, no podía producir otro efecto en vista de los hechos, que realzan á los ojos de sus compatriotas, el mérito del servicio que la firmeza de su carácter, les había prestado.—Como se deja comprender, fácilmente el asunto de Heug-pou, fue mucho tiempo objeto de gran polémica, entre los diarios de Hong-Kong, empeñados algunos de ellos en oponer al éxito de la conducta observada en

esta
habia
vid;
nos.
plen
mism
sicion
y de C
instin
nan,
bulen
podia
Si l
cuent
escab
trañe
es por
mand
aquell
estas
cinc
conce
tai de
rey de
lucrat
de las
Celest
ras ob
ridad
pesar
que m
de co
sin es
perial
la ver
tas oc
cionac
del T
respon
porte
debier
marít
de los
go de



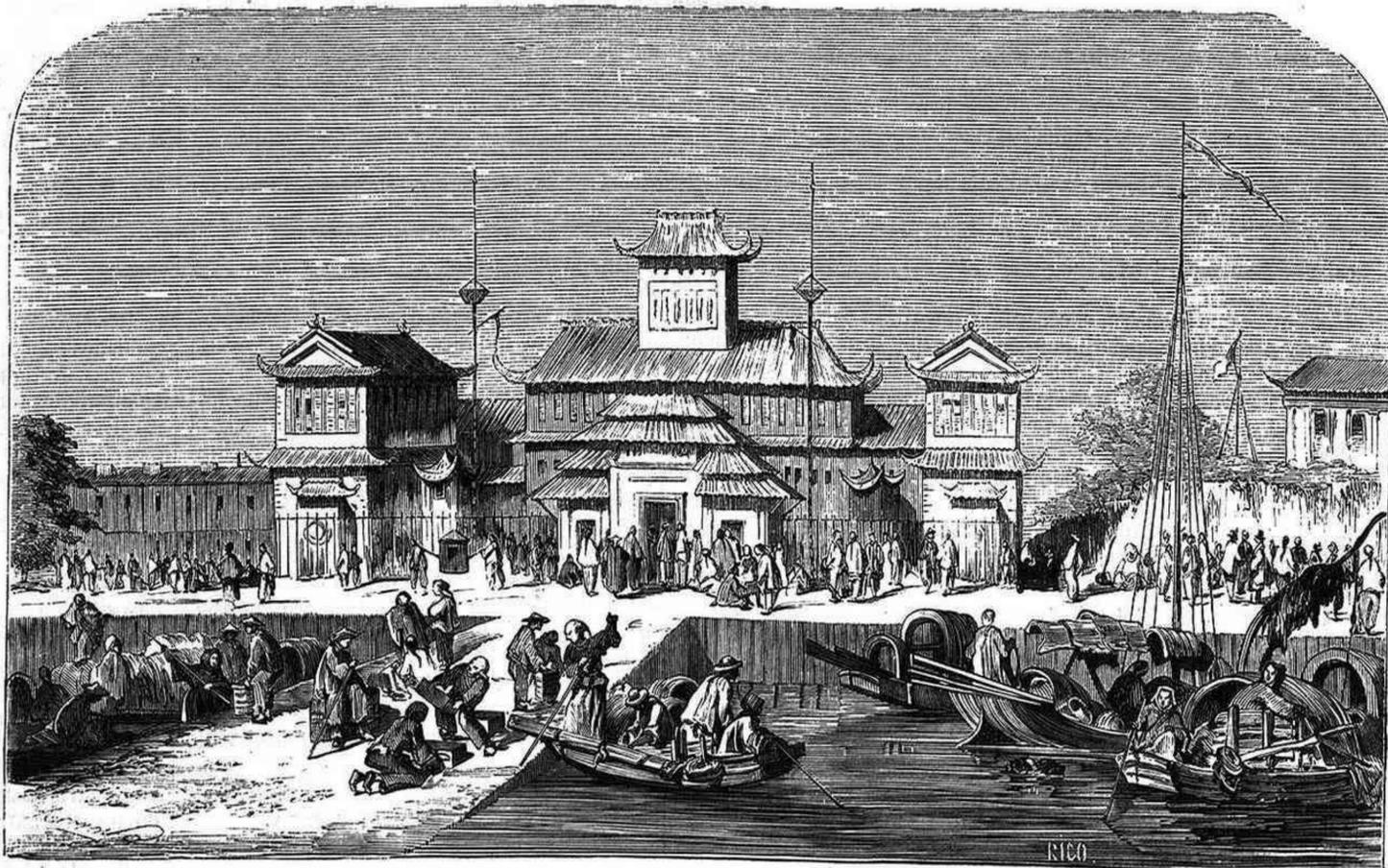
ESPC SION DE BELLAS ARTES. — FELIPE II IMPLORANDO EL AUXILIO DE LA DIVINA MAJESTAD, CUADRO DE DON ALFREDO PEREA Y ROJAS.

esta ocasion, por Mr. Alcock, los tristes resultados que habian llevado á Canton, las tergiversaciones de Mr. David; paralelo injusto bajo un punto de vista, cuando menos.—En primer lugar, el terreno en que operaban el plenipotenciario y el cónsul, no era el mismo; ademas las condiciones y posiciones de los puertos de Shang-hai, y de Canton, no eran las idénticas; los instintos de los habitantes del Kiangnan, eran pacíficos y el espíritu turbulento de los de Canton en nada se podia comparar con el de aquellos.

Si los diplomáticos europeos se encuentran mal colocados en el terreno escabroso á que les conduce la extrañeza de las costumbres chinas, no es por cierto menor el embarazo de los mandarines chinos, sobre todo el de aquellos que están llamados á ejercer estas funciones en cualquiera de los cinco puertos, cuyo acceso nos ha sido concedido á los bárbaros.—El taou-tai de Shang-ahi, ocupa, como el virey de Canton, uno de los puestos mas lucrativos, pero al mismo tiempo una de las situaciones mas precarias del Celeste Imperio.—Una de sus primeras obligaciones, es garantir la seguridad de los residentes extranjeros, á pesar de sus continuas imprudencias, que mas de una vez les pone á punto de comprometerla, y de complacer sin escitar sospechas en la corte imperial, los deseos de los cónsules, á la verdad, harto exigentes, en ciertas ocasiones;—pero no son los mencionados, los únicos deberes á cargo del Tao-tai; en efecto, su autoridad responde de la seguridad del transporte de los impuestos de la provincia debiendo á mas proteger al comercio marítimo de las continuas escursiones de los piratas á quienes el archipiélago de Chou-san les ofrece seguro

asilo, despues de sus correrías, con otros mil cuidados de este género que comprometen mas ó menos directamente su responsabilidad, pero que la comprometen casi continuamente.—El mandarin que desempeñaba el importante

cargo de *Taou-tai*, en Shang-hai, á nuestro paso por aquel puerto, era de origen tártaro; y este nuevo representante y depositario de las voluntades de la corte de Pekin, habia prometido honrar con su presencia nues-



VISTA DE LA ADUANA DE SANG-HAI.

tra corbeta teniendo lugar su visita inmediatamente después de la de Mr. Alcock.—La una de la tarde sería próximamente, cuando el ruido de los atabales y las voces de los líctores, nos anunciaron que, fiel á su promesa, su excelencia Lin-Kouei, no tardaría en llegar; en efecto á los pocos instantes, apareció en el muelle de la aduana, la rica silla del mandarin del Celeste Imperio, y una salva de nueve cañonazos disparados desde nuestras baterías, fue el primer tributo de cortesanía, que rendimos al distinguido *taou-lai*, mandarin de tercera clase, del boton azul trasparente, comandante en jefe de las fuerzas reunidas de los tres departamentos de Son-Theon-fon, Son-Kiang-fon, y Thai-tsang-fon; superintendente general de derechos marítimos, por orden suprema, en la provincia de Kiang-son, é inspector de los derechos de la sal, y del cobre, en tanto el digno magnate montaba la canoa que debía conducirle á bordo de nuestra corbeta.—Recibimos á nuestro ilustre huésped, á la usanza europea, nuestros soldados formados en columna de honor en los puentes y el castillo de popa, con todos los honores de ordenanza.—Después de subir la escalilla de la *Bayonnaise*, con paso lento y mesurado, una vez sobre la cubierta, el *taou-tai*, pasó con la cabeza erguida y la vista animada por delante de nuestros soldados inmóviles, cual si fueran estatuas, y cuyo aspecto á la vez severo y marcial parecía haber despertado en él por un instante, los guerreros instintos de su belicosa raza.

No era Lin-kouei, sin embargo, un soldado rústico, ó uno de esos mandarines incautos, cuya única ciencia consiste en tirar el arco y montar á caballo.—Y por mas que llevara adornado el pulgar de su mano diestra con el anillo de *jade*, insignia del guerrero, en el país y manejara el arco con la destreza de un verdadero Mautehou, no obstarle habia lucido sus talentos mas de una vez en la noble arena de los *sieou-hai* (licenciados), y de los *ku-jiu* (doctores) debiendo á sus brillantes discursos y nada comun ilustracion, el alto honor de adornar su gorro de fieltro, con el boton azul, emblemas de los hombres de ciencia, entre los suyos; siéndole tan familiares los paisajes mas oscuros de Mencio y de Confucio, que no habia uno solo de los preceptos de los antiguos sabios, sobre el que no hubiese meditado, y que no citase en el acto; teniendo de tal modo grabados en su memoria los *cuatro grandes libros* y las *perlas de los cinco clásicos*, que continuamente mencionaba su testo en sus discursos, con la misma facilidad y frecuencia, que nuestros oradores sagrados citan los versículos de la Escritura, en sus pláticas desde el púlpito;—pero á pesar de su ciencia incontestable, Liu-Kouei, con su talla gigantesca y sus atléticas formas, parecia criado mas bien para combatir en las fronteras del Kan-son; para defender á Yar-kand ó Kashgar de las incursiones de los vsbeeks y de los kirghis (1) que no para ejercer las funciones de recaudador de contribuciones y administrador de las aduanas de Shang-hai.—En su paso, en sus ademanes, en todo su continente, y aun en la espresion de la fisonomía habia un no sé qué de atrevido y de impetuoso, que parecia marcado con ese sello de fuerza bruta, que la civilizacion con toda su influencia, apenas logra extinguir por completo en la frente de las razas conquistadoras;—envolvía las formas de aquel hijo de los hunnos, un gran ropon de piel de marta zibelina, adornando su pecho con un doble rosario de gruesas cuentas, distincion honorífica concedida por el soberano, al mérito civil; su cabeza cubierta por un casquete de fieltro, cuyas pequeñas alas volaban abarquilladas hácia arriba daba á su rostro un aire original, terminando las diferentes piezas de su extraño traje, por unas botas de campana cuyos fuertes y dobles picos de Carton y de suela, contribuian no poco á dar cierta magestad, á su ya elevada estatura; en general su traje no tenia nada de afeminado, siendo en rigor, el propio á un guerrero tártaro.—Pero lo que ofrecia un verdadero contraste era ver sus nerviosas manos mas dignas de empuñar una hoja de Tolon-noor, reducidas á pasar por entre sus dedos adornados por largas y transparentes uñas, el cañon de su pipa llena de perfumado tabaco, ó á dejar deslizarse por entre ellas uno á uno, los granos de coral y de ámbar que formaban el collar honorífico de su cuello.

Solo dos de los mandarines subalternos que formaban parte de la comitiva del *Taou-tai*, osaron penetrar con él en la cámara del comandante de la *Bayonnaise*; eran estos: *Heou-Lien*, segundo comandante de la milicia del distrito, y *Wau-wei*, magistrado de la ciudad de Shaug-hai. El resto de su séquito se mantuvo respetuosamente á la puerta.—Por nuestra parte, ya en esta época estábamos todos familiarizados con el ceremonial chino en tales términos, que podíamos mostrarnos tan rígidos observadores de él, como el mas hábil cortesano del Celeste imperio; así que ninguno de nosotros cometió la inconveniencia de descubrirse en presencia de tan respetables huéspedes, ni menos la de hacerlos sentar á nuestra derecha.—Cuando el *Taou-tai* tomó asiento con Mr. de Forth-Roueu, nuestro comandante, en un divan de la galería, los oficiales de la *Bayonnaise*, fuimos todos, uno después de otro á ofrecerle nuestros respetos, dándole la mano izquierda, marchando seguidamente á sentarnos en las banquetas que se nos tenían preparadas, sin desplegar los labios, nuestros sables al costado y el sombrero *cortesmente* encasquetado hasta

los ojos.—Sin embargo, bien pronto se rompió aquel religioso silencio, siendo sustituido con un gracioso cambio de pantomimas de una y otra parte, merced á algunas copas del espumoso Champagne, alternadas con las del *Cherry-brandy*, licor favorito de los chinos, que circularon, cambiándose entre los circunstantes.

El *Taou-tai*,—quedó satisfecho de los enemigos naturales de la China, y por mas *barbaros* que éramos, nos trató con un grado de confianza inusitado;—al atravesar el puente, su inteligente mirada se detuvo un momento en nuestras baterías, midiendo al primer golpe de vista los prolongados flancos de nuestra corbeta, el mayor y el mas hermoso buque de cuantos hasta entonces habian surcado las aguas de Sang-hai—hábilmente invitado por Mr. de Monbigny, cuyo patriótico celo nos habíamos guardado bien de no secundar, Lin-Kouei manifestó deseos de inspeccionar el buque, á lo que accedimos gustosos, prometiéndole hacerle conocer hasta el menor detalle; promesa que, en verdad sea dicho, cumplimos al pié de la letra sin grande esfuerzo—dando esto vasto campo á las esplicaciones y largos comentarios de Mr. Kleiskowsky, intérprete del consulado en Sang-hai, en las que Lin-Kouei, demostraba un gran placer y vivo interés; pero cuando llegó á su colmo el entusiasmo, fue en el momento en que los artilleros, reunidos en la batería al toque de llamada, empezaron á maniobrar ejecutando la carga en doce tiempos.—Sin embargo, con el fin de proporcionar al *Taou-tai* mas nuevas y gratas emociones, muy luego se suspendió aquel simulacro de combate, para cargar y disparar en su presencia una de esas monstruosas piezas de á ochenta, que por su dimension y su calibre, nos hacen recordad los enormes cañones que empleó Mahomet II en el sitio de Constantinopla.—Colocado el gigantesco tártaro en frente y á retaguardia de la enorme pieza que tanto escitaba su admiracion; propúsosele que la diera luego él mismo si gustaba; al escuchar proposicion tan inesperada, todos los chinos que cercaban al *Taou-tai*, volvieron la cabeza y se taparon los oídos;—solo Lin-Kouei permaneció impassible, é imitando los movimientos que poco antes habia visto ejecutar á nuestros artilleros, dobló un poco la rodilla, cogió con la diestra mano, y sin articular palabra el cordon de la platina, le enganchó con cuidado y precaucion, y tirando fuertemente encendió el estopin, que penetrando en el fondo del ánima debía romper el cartucho é inflamar la pólvora.—A la espantosa detonacion que siguió á este acto de valor, faltó poco para que echaran á correr todos los individuos del séquito del Lin-Kouei, mandarines y satélites.—Mas este los detuvo y tranquilizó con su gesto y una gran mirada;—Alejandro el Grande no pudo mostrar un rostro tan radiante y animado á los habitantes de Frigia, después de haber roto el nudo gordiano, como el que enseñó el hercúleo mandarin chino á sus atolondrados secuaces, después de la tremenda explosion.

En cuanto á nosotros, lejos de censurar tan natural orgullo, se lo aplaudimos de todo corazon, haciendo entender á su excelencia, que en lo sucesivo aquella pieza disparada por él llevaria su nombre, distinguiéndose con el de—«cañon de Lin».—Conservábamnos á bordo un sable turco, único despojo salvado del naufragio de la *Gloria*, que habia legado á nuestro comandante Mr. Lapiecre, y el cual teníamos destinado para servir de obsequio al primer jefe malayo, á quien hubiéramos tenido ocasion de agradecer la hospitalidad, sin pensar siquiera en que semejante presente hubiera podido convenir á un mandarin chino;—mas después de su proeza, pareciónos el *Taou-tai*, muy digno de ceñir aquel rico yataghan, que recibió de manos de nuestro comandante, con una alegría inesplicable, colocándose inmediatamente en la cintura, con el puño hácia atrás y la hoja descansando en el muslo derecho, á la usanza china: sus manos desaparecieron en seguida, dejándose percibir acto continuo los destellos del brillante acero que aquel blandia con fiereza y en diversas direcciones, sobre su misma cabeza;—pero un momento después, y como dominado de un pensamiento mas conforme á su estado y condicion civil, Lin-Kouei se apresuró á envainar el instrumento homicida, depositando en manos de uno de sus servidores aquel objeto, viva muestra de su visible simpatía por los *barbaros*.

Como se comprende bien, las horas pasaron con rapidez durante la visita del funcionario mantchou; el sol estaba próximo al ocaso, desapareciendo por entre el inmenso bosque de mástiles de la infinidad de barcos que teníamos á la espalda, y que limitaban el horizonte á la manera que una vasta empalizada; Lin-Kouei—inclinó su cabeza todavía una vez, antes de partir, delante del ministro de Francia, y escoltado por los oficiales de la *Bayonnaise*, hasta la misma escala, descendió por ella, seguido de los mandarines subalternos Heou-lieun y Wran-wei, entrando en el bote que estaba preparado para conducirle á tierra y mezclando á sus continuos—*Tchin-Tchin* (saludos), mas afectuosos, el *Merci*—única voz francesa que su reconocido pecho habia podido retener en la memoria.—

FEDERICO PEREZ DE MOLINA.

DESCUBRIMIENTO Y FABRICACION

DEL PAPEL.

Los antiguos, según testimonio de Plinio, escribían sobre hojas de palmera que reemplazaron luego con la corteza de ciertos árboles, y mas tarde con tabletas enceradas, sirviéndose de un punzon de acero, hierro ú oro, según la riqueza de la persona, que era puntiagudo por un extremo y aplanado por el otro para borrar lo escrito. Posteriormente (ignórase la fecha exacta), hicieron, de una caña llamada *papyrus*, unas hojas á propósito para escribir en ellas á las que se dieron el nombre de papel.

Como esta planta crece abundantemente á orillas del Nilo; es probable que Egipto fuese la cuna de este descubrimiento importante. Algunos creen que tuvo lugar después de la fundacion de Alejandria; pero Plinio es de distinta opinion, fundándose en que, cavando un esclavo, encontró una caja que contenia cartas del rey Numa, escritas sobre papel. También nos dice que Muciano, prefecto de Lycia, habia visto una carta del rey Sarpedon, escrita en papel. Otros escritores notables aseguran que su uso fue anterior en Egipto á la fundacion de Alejandria.

Fabricábanlo con las hojas delgadas y blancas de los tallos del *papyrus*, empapadas en agua turbia del Nilo que servia de cola, puestas unas sobre otras hasta formar una hoja que prensaban ó batian con mazos. Estas hojas eran sumamente largas, como lo prueba el haberse encontrado algunas de cincuenta y aun sesenta pies conservadas en sepulcros de momias. Este fue el papel de que se sirvieron los alemanes y franceses en los siglos V y VI. La invasion del Oriente por los árabes obligó á los pueblos de Europa durante los dos siglos siguientes á servirse del pergamino. Entonces tuvo lugar la invencion del papel de trapo, cuyo autor se ignora, aunque se disputen este honor los alemanes é italianos, y los griegos refugiados en Basilea á quienes sugirió aquel pensamiento el método que tenían los orientales para fabricar el papel de algodón. El uso de este no se generalizó hasta principios del siglo XIII; y, aun en esta época, era desconocido entre los latinos, si se exceptúan algunas comarcas de la Italia que comerciaban con la Grecia. El descubrimiento, sin embargo, data del siglo XI, aunque las fábricas de papel no se plantearon en Francia hasta el año 1340. La primera manufactura establecida en Inglaterra lo fue en el año 1588, y el primer pliego de papel que se ha conocido lo encontró en los archivos de Nuremberg Mr. de Murren el año 1319.—Cerca de sesenta y cuatro años hace que se inventó en Alemania una máquina para cortar y triturar el trapo destinado á la fabricacion del papel.

El lino y el cáñamo, cuyas propiedades textiles son de un interés tan grande para el hombre en la preparacion de una parte de sus vestidos, se aprovechan en fabricar el papel cuando los ha inutilizado el uso. Entonces la materia que los constituye sirve para esa útil fabricacion, y no cambia de forma sino para aprovecharse de nuevo. Aplícanse á la fabricacion del papel otras muchas sustancias; pero ninguna se puede emplear sola: así es que las numerosas tentativas escitadas por el progresivo encarecimiento del trapo y su insuficiencia, cada dia mayor, para el consumo de las fábricas, no tienden mas que á proporcionar mezclas en las cuales se reemplaza una parte de los trapos por sustancias que ofrezcan propiedades análogas; el algodón, tan usado actualmente en la confeccion de los vestidos, no puede entrar en la preparacion del papel sino en cantidades mínimas. Para que la pasta tenga buena calidad, es preciso que los trapos sean en lo posible de la misma clase, y que no tengan muchas costuras, porque triturándose estas con menos facilidad que el resto del tejido, resultarían nudos ó desigualdades que disminuirían la homogeneidad del producto.

Los trapos, amontonados al principio, exigen dos operaciones preliminares: 1.ª una separacion por clases ó calidades; 2.ª un lavado que los despoje de las materias estrañas. Antiguamente recogian los trapos en montones de diferentes tamaños y los encerraban en los pisos bajos del almacén, sobre un pavimento enlosado, donde se pudrían por efecto de la descomposicion espontánea de las grasas y demás materias estrañas. Hoy se ha suprimido esta operacion y se procede desde luego á su lavado y clasificacion. De algunos años á esta parte, en París, donde el número de máquinas de vapor se multiplica diariamente, y cuyas calles ofrecen frecuentemente depósitos de agua, muchos traperos tienen la buena costumbre de lavar el trapo á medida que lo recogen ahorrando así esta operacion á la fábrica. En seguida, unas mujeres llamadas *hilanderas* clasifican los trapos y los cortan con cuchillas bien afiladas que dividen las costuras. En las fábricas mejor montadas se colocan los trapos sobre una tela metálica al través de la cual pasan el polvo y demás sustancias estrañas, hecho lo cual se someten, en un aparato cerrado, á la accion combinada de un movimiento de rotacion y de una corriente de aire que se lleva la borra. Introdúcese luego en una gran cuba de piedra, ó madera guarnecida de plomo, llamada *hilander*, donde gira con rapidez un cilindro de hierro colado armado de cuchillas. Renuévase allí el agua por

(1) Hordas hambrientas y turbulentas, de origen musulman, que invaden el Ho-Kaud.

medio de un grifo y sale por un desagador al través de una tela metálica: el trapo circula sin cesar en la cuba, dividiéndolo la acción de la cuchilla hasta convertirlo en una pasta formada de filamentos pequeños semejantes al fieltro: el agua arrastra las materias extrañas y las partes más ténues. La pasta, escurrida y prensada, se traslada a otra pila llamada *refinadora*, donde sigue elaborándose por la acción de otro cilindro, armado de cuchillas más finas, hasta que adquiere la consistencia debida, pasando luego á la cuba.

El papel, para aplicarse con ventaja á sus varios usos, debe ser muy blanco, lo cual se consigue sujetándolo á la acción de los cloruros gaseoso ó de cal. En el primer caso, hay que secar la pasta al aire libre y colocarla en cajas de madera por las que se hace pasar una corriente de cloro obtenido con el peróxido de manganeso y el ácido clorhídrico, que se introduce en las cajas por medio de una abertura practicada en su tapa: el gas penetra en la masa y la despoja de las materias colorantes. También se emplea frecuentemente el cloruro de calcio disolviéndolo en agua é introduciéndolo por el grifo en la *hilandería*. Cuando la pasta está suficientemente blanca, se hace pasar por ella una corriente de agua que la acaba de clarificar, refinándola en seguida por el procedimiento que se emplea en esta operación. Para convertir la pasta en papel hay que desleirla en agua á una temperatura constante y elevada, manteniéndola allí suspendida por medio de una agitación conveniente; á este fin se la traslada á un colador de madera donde se remueve de vez en cuando para evitar que se pose. En las antiguas cubas se elevaba la temperatura por medio de un horno colocado en la parte inferior: pero esto era muy incómodo por exigir una atención particular á cada cuba y esponía á que una parte de la pasta se quemase al adherirse al fondo. Hoy en todas las fábricas en que se emplea el vapor se introduce este por medio de tubos. Cuando la pasta está suficientemente diluida, se coloca sobre unos cedazos que dan paso al agua. La pasta estendida que queda encima es el papel.

Para hacer los pliegos, introduce un operario en la cuba un cuadro de madera atravesado por hilos de cobre muy finos, el cual contiene otro más pequeño llamado molde. Sacándolo en seguida fuera del líquido, le imprime un movimiento oscilatorio para facilitar el paso del agua por esta especie de tamiz: otro operario recibe el molde, y, colocándolo sobre una tela de lana tendida en el tablero de la prensa, levanta cuidadosamente una delicada película, y después otras, amontonando sucesivamente varias capas. Cuando la prensa está llena, se aprieta y el operario va sacando y doblando una por una todas las hojas en sus respectivos paños. Sometidas luego á una segunda presión, se colocan en las cuerdas del *secador* que se ventila por medio de persianas móviles. El papel así fabricado no tiene cola y es el que sirve para imprimir, pues en la escritura lo cala fácilmente la tinta. Para evitar este inconveniente, se impregna en una sustancia colorante que lo hace impermeable á la tinta: esta sustancia es la cola y el alumbre. Para encolar el papel tomaba antes el obrero muchas hojas á un tiempo, sumergiéndolas en una disolución clara y caliente de gelatina, y, estendiéndolas, las dejaba secar para después prensarlas. Pero, de algunos años á esta parte, se ha modificado ese procedimiento, encolando el papel en la cuba misma en que se fabrica. Para esto se mezcla con la pasta jabón de resina, gelatina y alumbre, ó jabón de cera, almidón y alumbre.

Al trabajo del hombre que solo podía fabricar cantidades pequeñas de papel con muy cortas dimensiones, se han sustituido máquinas que pueden producir cantidades fabulosas de grandes dimensiones en su ancho y de una longitud indefinida, ejecutando todas las operaciones á un tiempo. Para hacer comprender los pormenores de estas ingeniosísimas máquinas se necesitarían muchas y muy variadas láminas: nos limitaremos, pues á describir las ligeramente.—La pasta del papel preparada en la pila, cae en una gran cuba de madera donde la agita de continuo un árbol de brazos por medio de un movimiento de rotación; mezclada allí con la materia que sirve de cola, sale por una abertura que la estiende sobre una tela metálica destinada á retener las partes groseras, dejando pasar únicamente la materia más dividida que está suspendida en el agua. Esta materia se derrama en una tela metálica sin fin que circula sobre unos cilindros, y que, conservando la pasta, solo deja pasar el agua. Favorece esta separación un movimiento de va-y-ven de que está agitada la tela; el agua corre por debajo y se pierde; la hoja pasa á una tela de lana sin fin á la cual se adhiere y que la conduce á unos cilindros por donde pasa sucesivamente hasta llegar á un tambor donde se enrolla: el tambor es reemplazado por otro cuando está suficientemente cargado.

Causa admiración el ver en breves instantes pasar el trapo triturado en la pila á la tela que lo separa del agua y formar una hoja de indefinida longitud que puede emplearse inmediatamente que se seca, lo cual se consigue haciendo pasar un chorro de vapor sobre el cilindro en que está enrollada. El papel, estendido sobre una mesa, se corta en convenientes dimensiones.

Sea efecto de preocupación, ó porque en realidad el papel continuo no presentaba al principio la mejor calidad, lo cierto es que el público ha preferido por mucho tiempo el papel fabricado á mano, el cual se distingue

en unas líneas transparentes que son las señales de los hilos metálicos; pero estas señales desaparecen cuando el papel ha sido recortado. Además de esto, en el papel continuo, se pueden figurar las rayas con ciertos métodos especiales. Las fábricas más importantes son hoy las de papel continuo, y sus productos nada dejan que desear cuando son buenas las primeras materias. El papel, después de concluido, se satina y prensa antes de empaquetarlo. Se han empleado para la fabricación del papel varias sustancias como las hojas y tallos de los vegetales, la paja etc. Pero, aunque muchos dan buenos resultados, no convienen bajo el punto de vista económico. En cuanto á la paja produce un papel fácil de desgarrar y no puede entrar sino en proporciones pequeñas con el trapo. Exige además un tratamiento por los álcalis que lo despoje de las materias que barnizan su superficie.

RICARDO DE FEDERICO.

PEDRO LAGARTO.

I.

Muy poco tiempo hace que me encontraba en mi pueblo.

Había más de dos años que salí de él, á fin de recorrer casi toda nuestra península, y justo era regresar al hogar doméstico como el Nestor de la gentilidad, con mis penates sobre el hombro.

Mi pueblo lo ha descrito el poeta Alarcon en estos versos.

En un rincón hermoso
de Andalucía
hay un valle risueño...
¡Dios le bendiga!
Que en ese valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres.

Soy, pues, de la patria de don Antonio Mira de Amescua, ilustre rival de Calderon, de Guadix.

Los que no conocáis esta ciudad, basteos saber una cosa. Que ni Miñano en su diccionario geográfico, ni Mollado en el suyo, ni en el más moderno de Madoz, se dice lo que es Guadix. Pero como mi ánimo está muy lejos de hacer un artículo de localidad, me concretaré á decirlos que Guadix es una vieja sultana recostada en un campo de esmeraldas.

Guadix tiene una poesía especial. Es una crónica palpitante donde los poetas han encontrado bellas inspiraciones. Allí, al otro lado de esa plateada cordillera están las Alpujarras, célebres por la sublevación de Aben-Humeya y Aben-Aboo. En ese llano teneis el plateresco castillo del Zenet; á la izquierda, al pié de un cerro gigantesco, sonríe una fuente, que brotó, según las tradiciones religiosas, al golpe dado por el báculo del primer obispo que predicó en España el Evangelio; más allá y bajo la sombra de un corpulento álamo negro, hay un cortijo que lleva el nombre de un guerrero ilustre: á la margen de un modesto río, véanse las ruinas del palacio de Luparia; últimamente, en el centro de la población existe un solitario ciprés, al pié de dos torres que ya han desaparecido, bajo el cual, aun los que soñamos con las cosas antiguas, creemos ver la pálida sombra de Teodora de Monteblanco, suspirando por Gomez Arias.

II.

La vida es el recuerdo de lo pasado.

Todas las tardes, á la hora crepuscular, cuando la primera estrella sonríe en el cielo, en la época de la canícula, nos reuníamos varios amigos al pié de aquellas dos torres gemelas y de aquel ciprés sagrado, que era para nosotros el melancólico emblema del amor.

Cerca del ciprés había un estanque que ya no existe.—Era profundo, cristalino, y estaba rodeado de un cinturón de verdura.

En el fondo había un emparrado. Cubriendo las tapias de un huerto, un jazmin había estendido sus verdes ramas, sembradas de flores, como estrellitas blancas.

El suave perfume que se exhalaba de él embriagaba nuestros sentidos.

Mis amigos y yo soñábamos entre aquella poesía de la naturaleza y del renacimiento. Allí pensábamos en el pasado, en el presente y en el porvenir; nos forjábamos nuestros primeros ensueños de poetas; nos comunicábamos nuestras más íntimas ideas; saludábamos á la luna cuando aparecía entre las dos torres seculares; y por último nos lanzábamos al estanque como otros tantos tritones dispuestos á tirar del carro de Venus ó de la concha de Galatea.

¡Ay! todo esto ha pasado ya, y sin duda para no volver.

Cada uno de los que nos reuníamos allí ha tenido un porvenir distinto y variado. Tres únicamente tuvimos el atrevimiento de seguir el rumbo incierto de la literatura; Pedro Antonio de Alarcon, el poeta, Requena muy conocido en Granada, y el que escribe estos mal trazados renglones. Desde entonces no nos hemos vuelto á reunir. Nos hemos dispersado como los hijos de Sennar.

III.

—Pero me he separado de mi propósito. He hecho un paréntesis que me perdonarán aquellos que me lean.

Ya os he dicho que no hace mucho tiempo que me encontraba en mi pueblo.

Pues bien, estando un día en una de las habitaciones de mi casa, oí de pronto el largo redoble de una caja de guerra. Como allá en mis mocedades fui teniente de milicias, conservo alguna reminiscencia de los toques militares. El que oía en aquella ocasión era la *diana*; la balada del amanecer, el himno de la aurora.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y entró corriendo mi hijo mayor, niño de ocho años. Su semblante estaba bañado de infantil alegría.

—Papá, me dijo aplaudiendo con sus manos; por ahí pasa *Pedro Lagarto*.

Yo también como él, cuando era niño, había experimentado igual placer al saludar la aparición periódica de este personaje, que simboliza una de nuestras costumbres populares, una de nuestras más bellas tradiciones religiosas.

Coloqué á mi hijo en el alfeizar de una ventana, para que viese á *Pedro Lagarto*, y yo sobre poco más ó menos, hice lo mismo. Hé aquí lo que vimos.

En primer lugar, una vanguardia de muchachos lanzando apóstrofes implacables al héroe de la fiesta. Después el tambor, personaje *sui generis*, cubierto con un morrion colosal y pompon verde; especie de anacronismo incrustado en nuestras costumbres, y epigrama singular que recuerda al soldado antiguo y al paisano moderno; en seguida el cohetero lanzando al aire de toda especie, y por último á *Pedro Lagarto*, tremolando una magnífica bandera, donde se ve estampada la imagen de una vírgen.

IV.

¿Qué quiere decir esto? ¿Quién es *Pedro Lagarto*, me preguntareis?

Por más que nosotros, amantes de las investigaciones, hemos buscado su origen, no lo hemos encontrado. *Pedro Lagarto* es, por decirlo así, el patriarca de una antigua cofradía que existe en mi pueblo: es el asombro de la *familia menuda*, valiéndonos de la frase de Fernan Caballero, es la admiración de los más adultos y aun el pasmo de los forasteros.

Pedro Lagarto es la encarnación palpitante de una fe pura y sencilla, que brota como un aroma suave entre las sombras de los recuerdos. A la par que es la forma simbólica de una tradición, es la esencia de las costumbres patriarcales de nuestros mayores. En su grotesca figura hay algo que entenece y conmueve. Parece el monstruo de la idolatría que lleva en triunfo la imagen sagrada de la Madre de Dios, ó acaso la representación alegórica de la victoria de la Cruz sobre la Media Luna.

Hé aquí cómo comprendemos moralmente á este personaje.

Ahora voy á presentároslo como es en realidad.

Pedro Lagarto va vestido de bayeta verde, sembrada de motas amarillas. Una dilatada capucha cubre su cabeza; una carátula oculta su rostro; un chaqueton colosal envuelve su cuerpo, unos pantalones espaciosos abriga sus piernas.

La etimología vulgar del nombre de *Lagarto* es fácil encontrarla en la semejanza que existe entre la piel de este reptil y la vestimenta del personaje en cuestión. Es cuanto podemos decir de él.

Ocupémonos de la misión que está llamado á representar.

Para esto os diré poco más ó menos como Maturin.

«Me sentaré junto á vosotros y os contaré alguna historia entretenida para pasar el tiempo.

V.

Hace ya siglos—no citaré fechas en obsequio de la brevedad—en aquellas épocas piadosas en que la fe existía en nuestros corazones, salió al romper el alba un pobre leñador, con el objeto de vender después el miserable fruto de su trabajo.

Se dirigió al vecino monte áspero y espeso, pues entre la ciudad de Guadix y la de Baza se extendía este, poblado de encinas y de pinos.

El leñador, cuyo nombre ignoramos, siguió su camino y se fué introduciendo en los parajes más frágiles, con el fin de buscar alguna vieja encina donde descargar los golpes de su hacha. El infeliz tenía hambre: el sol se había levantado radiante y puro. El aire perfumado con la resina de los pinos aumentaba el deseo de terminar su fatigosa tarea.

Al cabo de mucho andar llegó á las márgenes de un arroyo; el paraje era solitario y se encontraba en el corazón del monte. Sentóse descontento, pues no había encontrado un arbusto á propósito para hacer su leña, cuando advirtió en la opuesta orilla del arroyo, una vieja y gruesa encina, cuyo tronco, mutilado por la intemperie y la acción de los siglos, parecía á propósito para herir con su hacha.

Animóse el leñador y se dirigió al árbol. Era su esperanza y la esperanza de su familia. Esta tenía hambre



TORRE DE SAN LORENZO EN EL ALBAICIN.—GRANADA.

y desde allí creía oír la voz de sus hijos pidiéndole pan. Esta idea le hizo consagrarse al trabajo con todas sus fuerzas. Levantó el hacha é hirió á la encina. Dió un golpe, despues otro y luego otro. Pero en el momento de dar el tercero sintió una voz lastimera en el corazon del árbol que dijo:

—¡Piedad de mi!

El leñador quedó asombrado y el hacha estuvo próxima á caérsele de las manos. Sin embargo, entre la vaga realidad de aquella voz que tenía un sonido celestial y la duda que naturalmente brotó en su alma, pudo mas esta y volvió á golpear la encina.

Entonces al arrancar una gruesa astilla quedó como petrificado. En medio del tronco descubrió una virgen, con la mejilla ensangrentada; hermosa imágen escondida en aquel nicho de la naturaleza la que al ser herida por el hacha del leñador había pronunciado aquella exclamacion dolorosa! (1)

El venturoso trabajador cayó de rodillas y se deshizo en lágrimas de arrepentimiento. Lejos de volver á continuar su tarea se volvió á Guadix y dió parte á las autoridades del extraordinario suceso. Este se hizo público. La ciudad de Guadix, despues de ir á visitar á la aparecida imágen, trató de llevársela en una solemne procesion, pero la de Baza se opuso á ello apoyada en que la virgen se habia aparecido dentro de su jurisdiccion.

En efecto, el arroyo formaba la linde de ambas poblaciones.

Elevóse un pleito ruidoso sobre los derechos que mutuamente alegaban; siguiéronse los procedimientos con tenaz empeño, hasta que la cámara de Castilla sentenció definitivamente que la posesion de la imágen pertenecía á la ciudad de Baza y que á la de Guadix, en virtud de haber sido descubierta por un hijo suyo le correspondia su culto y su festividad.

Tal es el origen de *Pedro Lagarto*. La imágen llamóse la *Virgen de la Piedad*. Hoy, cualquier devoto que quiera visitarla en su magnífico santuario de Baza, puede ver en su morena mejilla la herida causada por el hacha del leñador segun unos, ó por el picó del albañil segun otros.

VI.

Sobre esta preciosa historia, se fundó la cofradía que todos los años sale de Guadix y se dirige á Baza para ce-

(1) La ciudad de Baza refiere esta bella tradicion de un modo distinto, atribuyendo á un albañil el descubrimiento de la imágen; pero nosotros contamos la historia del modo que ha llegado á nuestros oídos en nuestro pais natal, sin que por eso queramos destruir la narracion *bartilana*. Nosotros los dejamos en su derecho como Guadix tiene el suyo de creer aquello que le parece mejor.

lebrar el 8 de setiembre una solemne funcion en memoria de aquel acontecimiento.

Pedro Lagarto lleva el estandarte de la *Virgen*. Desde el dia de San Agustin hasta la antevíspera de la festividad, pásase por las calles de mi pueblo, este estandarte sagrado.

Todos aquellos que en la hora de la agonía ofrecieron un voto á la Virgen y se libraron de la enfermedad ó de los peligros que les amenazaron; las mujeres que son el sentimiento del amor puro; los niños que son la espresion de la inocencia, colocan en el asta de la bandera, como una ofrenda de cariño, hermosas cintas de colores que forman un precioso pabellon, que simboliza la fe y el espíritu de los corazones que adoran á la Madre de Dios.

Por eso cuando mi hijo me dijo:

—¡Papá, por ahí pasa *Pedro Lagarto*!—sentí una necesidad ardiente de escribir este artículo.

Hay flores tan bellas que embalsaman el corazon por seco que este se encuentre.

VII.

Quiero dejar consignado esto. Mañana me moriré: el libro de los Reyes lo dice.

«Todos caminamos á la tumba como las aguas que corren y ya no vuelven.»

Mi hijo es muy niño todavía para comprender esto, pero mañana puede ser hombre y lo comprenderá. ¿Quién sabe si para entonces ya no existirá *Pedro Lagarto*? ¿No hemos visto la marcha de la sociedad que todo lo trastorna? ¿No vemos á la generacion moderna que trata de abolir por medio de la incredulidad esa poesia encantadora, ese perfume bendito, esa aureola de los tiempos pasados que sirve de consuelo á la esperanza que desfallece? ¿No puede suceder que sobrevengan nuevas catástrofes y desaparezca la bella costumbre que os he pintado?

VIII.

Hace catorce años—tenia yo veinte sobre poco mas ó menos—que me encontraba en Valencia. Toda mi vida he tenido una atraccion irresistible hácia las cosas fúnebres, como el *Mr. de Profundis*, de Leon Gozlan.

Sin ser romántico me gustaba y me gusta el visitar los panteones porque en ellos encuentro la verdad.

Pues bien, una tarde me dirigí al cementerio. El sol se ocultaba: nubes sombrías tenían el horizonte de un vago color de plomo. La *necrópolis* estaba solitaria y los sepulcros tenían el tinte lúgubre que les comunicaba el cielo.

Creía hallarme solo, pero advertí á una mujer vestida modestamente, que estaba á orillas de una tumba. Aque-

lla mujer era una madre que visitaba la sepultura de su hija, jóven de quince años.

En el instante de acercarme á ella arrancaba con un amor puramente maternal, las hojas secas de un rosal que ella misma habia plantado sobre la tumba. El goce de aquella madre era aspirar el aroma de las flores de aquel rosal, porque creia que así llevaba á su pecho las partículas, las emanaciones y aun los pensamientos de su hija.

He vuelto al cabo de los catorce años y ya no existe ni el rosal, ni la madre, ni la tumba.

¿Quién sabe si del mismo modo desaparecerá esa fiesta religiosa que mi hijo saludó con su mas alhagüena sonrisa? Desaparecieron las torres bajo cuyas sombras nos sentábamos á soñar mis amigos y yo; desapareció el estanque donde nos bañábamos, pero; ¿por qué me asombro? Nosotros desapareceremos tambien *sicut nubes, quasi naves velut umbra*, como ha dicho Job:

X.

Por lo demás, *Pedro Lagarto*, es en la actualidad una institucion, un recuerdo, toda una historia viva, palpitante, espléndida y secular.

Cuando vuelve de la santa romería no lleva el estandarte. Va armado de un palo en cuyo extremo hay una cuerda y en la punta de esta cuerda una gruesa bola de paño. Camina á la vanguardia de la larga procesion de devotos que vienen de Baza. Entonces se trava un héroe combate entre los muchachos y *Pedro Lagarto*: este esgrime la larga fusta contra la intrépida falange y entre el humo de los cohetes, el polvo que levantan los romeros, la alegría popular y el vocerío de la multitud, desaparece nuestro emblemático personaje, abrumado por cierta extravagante nomenclatura que solo los chicos de mi país saben lanzar á aquel monstruo vencido, á aquella alegoría triunfante.

TORCUATO TARRAGO.

MISCELANEA.

Tanta era la influencia que suponian nuestros antepasados en los astros, que hasta consideraban no se podia ser buen médico sin conocer la ciencia que los describe y estudia. Los procuradores de las córtes del reino, celebradas en Córdoba en el año de 1570, alegando la necesidad de los conocimientos astrológicos para el ejercicio de la medicina, *suplicamos á V. M. decian, mande que de aqui adelante en ninguna universidad puedan dar grado á ningun médico sin que sea graduado de bachiller en astrologia.*

*JANER.



AVISO.

Con el número anterior se ha remitido á todos los suscritores de EL MUSEO UNIVERSAL por el año 1860, el billete con los números correspondientes para la rifa del cuadro pintado al óleo, que representa LA TOMA DEL CAMPAMENTO MARROQUÍ POR NUESTRO VALIENTE EJERCITO. Este cuadro, segun está ofrecido, se entregará al que obtenga el número igual al agraciado con el primer premio mayor de la lotería moderna, que se ha de celebrar en Madrid el dia 24 próximo.

Por si algun billete se estravia, los editores se han quedado con nota de los números remitidos á cada suscriptor.

Las reclamaciones se atenderán hasta el dia 23, víspera del sorteo.

La lámina del cuadro se publicará en EL MUSEO en cuanto esté grabada, que para que salga con la mayor exactitud, se copia de la fotografia que al efecto ha sacado el primero de los fotógrafos señor Cliffort.

Los señores suscritores que no quieran sufrir retraso en el recibo del número primero del año próximo, se servirán renovar la suscripcion oportunamente.—El almanaque lo recibirán los que se suscriban en casa de los corresponsales por conducto del mismo, y los que remitan á la empresa el valor de la suscripcion, lo recibirán directamente.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.